



también su gracia. Ahora se estila hablar de «versión íntegra» aunque dicha versión esté tan mutilada como Cervantes. Y cuando se nombra a un actor se citan los éxitos que éste ha obtenido... con películas que no se estrenan en España. Una información fraudulenta. La referencia a un título prohibido hace pensar que la película autorizada tiene algo que ver con ella. Y el espectador, todavía no acostumbrado a esta

nueva modalidad publicitaria, cae en la tentación. ¿Y cuándo se dice que determinada película española es «mejor» que otras extranjeras prohibidas? Ahí están las alusiones a «El Decamerón» o «Los cuentos de Canterbury» para referirse a la insípida «El libro de buen amor».

Estos días conocemos un nuevo fraude: la manipulación de las críticas cinematográficas. Si un escritor se empeña en matizar su

opinión a lo largo de dos o tres folios, el publicista de la productora sabrá encontrar en cualquier frase amputada el «slogan» publicitario que necesita. Con respecto a la película de Pedro Olea «Pim, pam, pum, fuego», se dice ahora que la crítica la ha acogido calurosamente. Yo no distingo mucho de calores pero tiene gracia la necesidad del publicista de uniformar a la crítica. Todas las publicaciones coinciden. Escarbando y deformando la publicidad ha conseguido que, por fin, «El Alcázar», «ABC», «Informaciones», «Diario de Barcelona», «Fotogramas», «Pueblo», «Destino» y «Triunfo» se pongan de acuerdo. Lo curioso no es sólo esta coincidencia —malgré los esfuerzos de cada crítico por diferenciarse y matizar su opinión— sino la aparición de «Triunfo» —¡pobre «Triunfo» que duerme durante cuatro meses el sueño de la paz!— que incluso, tiene su comentario firmado. Gracias a la publicidad he podido enterarme de que quien esto firma, firmó también un comentario elogioso a la película de Olea. ¡Curiosa la publicidad! Nunca salió en «Triunfo» un comentario ni firmado ni elogioso sobre dicha película. Tampoco en contra. Simplemente, cuando la película se estrenó, «Triunfo» ya no tuvo

oportunidad de publicar ninguna crítica... Pero el consumidor, sin embargo, estará convencido de que vivimos una época de concordia y que los distintos periódicos, con sus distintas posturas, son todos hermanitos gemelos... ¡Y a ver quién protesta! ■ DIEGO GALAN.

Raphael: igui, gui, gui!

Bergman en la segunda cadena, Raphael en la primera: la TV estaba metafísica. Grave dilema para los pensadores. ¿Raphael o Bergman? Se cambia, se alterna. Terrible experiencia. Cuando Bergman llega al truco final (la doncella violada y muerta es izada del suelo, y donde estuvo el cuerpo hay un manantial de agua purificadora) Raphael llega también al suyo: aferrado al micrófono aúlla, en falso éxtasis, «¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Amor mío!» y las doncellas presentes lanzan sus gritos uterinos de entusiasmo: «¡gui, gui, gui!».

La doncella de Bergman simbolizaba la pureza. ¿La pureza es imbécil? La doncella sí. La doncella era rubia y cristiana, la mala era morena y adoraba al dios

del fichero de un crítico ortodoxo

CINE

BARCELONA

FURTIVOS, de José Luis Borau.—Si el cine español deja de sacar a las alegres chicas del mini-mini y en su lugar nos propone este antiguo drama rural, tendremos que decir que no. Porque el cine nacional debe ser dinámico, juventud y optimismo y nunca, bajo ningún concepto, crónicas negras sobre la Inquisición llenas de alusiones veladas y perversas. También son admirables las películas sobre el aborto porque encierran un mensaje moral, pero «Furtivos» ni mensaje, ni belleza, ni alegría. ¡Basta de truculencias, que nuestra vida es hermosa!

LACOMBE LUCIEN, de Louis Malle.—¿Que quieren convencernos ahora que los resistentes franceses no fueron tan puros como se decía? ¡Pues claro! Si todos hubieran hecho como el personaje de esta película, las tro-

pas hitlerianas no hubiesen tenido los problemas que tuvieron y hoy reinaria en Europa una fértil paz desprovista de contubernios democráticos. Si nos olvidamos del velado aspecto crítico de esta cinta, resulta ejemplar.

EASY RIDER, de Dennis Hooper.—Llevaba muchos años esta película prohibida, y estaba bien prohibida. Porque no nos interesan las aventuras de dos hippies indeseables que recorren American en unas motos. Lo que necesitamos con las comedias americanas de siempre donde se veía la vida módelica de algún agente de la CIA.

MADRID

PANICO EN NEEDLE PARK, de Schazberg.—He aquí una excelente película que, a pesar de su modernidad estilística, nos demuestra cómo la droga corrompe a los seres humanos. Hay robos, delaciones, prostituciones y mucho pecado. Pero está

todo muy bien explicado: es la droga y nada más que la droga lo que hace que estos jóvenes sean así de disolventes.

PERFUME DE MUJER, de Dino Risí.—¡Cuánta gracia, cuánta ternura y cuánta humanidad! Un militar ciego y un muchachito joven descubren la vida juntos. El militar, con problemas íntimos. El jovencito, con curiosidad adolescente. ¡Qué espléndidos estudios psicológicos! ¡Qué película tan útil! ¡Qué bello, romántico, y al mismo tiempo dramático, es todo! Esto es cine-cine y lo demás un cuento.

TEATRO

LAS HERMANAS DE BUFFALO BILL, de Martínez Mediero.—¿Cuándo se ha visto que en una sociedad monolítica y orgánica la gente sea desdichada? ¿Cuándo que esa gente quiera liberarse? ¡Nunca, jamás nunca! Por mucho que este autor (?)

juegue al esperpento y a la farsa para explicarlo. Buffalo Bill exterminó a los indios porque era necesario para el mantenimiento de la raza elegida. ¿Cómo se atreve un jovencito a discutir eso ahora? Y mucho menos, ¿cómo se atreve a hacer chistes actuales con aquella epopeya histórica de tanta ejemplaridad y humanismo? Ignorancia y zafiedad, eso es lo que de verdad hay en esta obra.

MACBETH, de Shakespeare.—No entiendo por qué los gallegos se molestan en traducirse este texto extranjero. Ellos ya tienen los deliciosos poemas de Rosalía, ya tienen un folklore vivo y sano. No entiendo tampoco por qué se molestan en traernos este texto a Madrid (donde hablamos castellano) en un festival internacional. Los coros y danzas hubieran representado mejor su tierra y hubiesen complacido más al respetable.

EL JARDIN DE LOS CERZOS, de Chejov.—¿Y los valencianos traduciéndose



este texto ruso? ¡Adaptándolo, además, a su tierra y localizando la acción dramática en Gandía! Pero, ¡bueno! ¿qué tiene que ver una cosa con otra? ¿Cuándo la buena sociedad valenciana ha tenido estos problemas de la decadencia? La justicia social, inexistente en Rusia en todos los tiempos, aclara de una forma discutible este texto, que el grupo valenciano (que lo representó en el afortunadamente interrumpido festival de teatro), no se molestó en profundizar con esta óptica. Hagamos teatro nuestro y dejémosnos de garabatas extranjeras que nada enseñan.